

Hace tres horas, en el cuarto de hotel donde me hospedo, le dije a mi hija Ana que no sabía exactamente qué decir aquí en este momento. “Quizá lo mejor sea hablar de los peligros que afronta el periodismo en esta época de la post-verdad y en estos tiempos en que Donal Trump comienza a gobernar en Estados Unidos”, agregué, y dije también que me imaginaba que el auditorio iba a esperar de mi parte una reflexión profunda sobre el periodismo. “No, no no”, me contestó ella. “Yo creo que lo que tienes que contar es tu historia con Popayán y tu historia con el periodismo por una razón muy simple: porque son una historia de amor”.

Y es verdad. Y eso es lo que pienso contarles en este instante en el que recibo uno de los mayores homenajes en mis casi 30 años dedicado al oficio del periodismo como es el título de doctor honoris causa que ha decidido otorgarme en este imponente Paraninfo la Universidad del Cauca por conducto de su rector, Juan Diego Castrillón. No se preocupen: es una historia corta. No les voy a soltar un ladrillazo. No estoy acostumbrado a ser protagonista de nada sino a entrevistar a los protagonistas de la noticia. Comparto de pe a pa la frase del filósofo español Fernando Savater cuando dice “el periodista ideal es el que hace notar si hacerse notar”.

Para empezar, me impacta que esta universidad me haya conferido semejante título. Mi nombre se suma ahora a una lista de personas que desde la creación de este centro universitario hace casi 190 años incluye nombres como los de Guillermo Valencia, Alberto Lleras, Rafael Maya, Baldomero Sanín Cano, Carlos Lleras, y, más recientemente, Guillermo León Valencia, Diego Castrillón Arboleda o Guivanni Quessep. Y me impacta personalmente este título porque tanto mi abuelo Luis Carlos Irigorri Peña, como mi bisabuelo José María Irigorri Isaacs y también mi tatarabuelo José María Irigorri Carvajal, se graduaron de abogados o médicos y fueron profesores, y buenos profesores, aquí. En mi casa no ha habido dinero ni muchas ganas de conseguirlo. Ha habido afán por educarse, que al fin de cuentas es de lo que se trata.

Yo no nací en Popayán. Nací en Cali, y desde muy niño me llevaron a Bogotá. Pero fue mi papá, un bacteriólogo estupendo y un conversador de película que se llamaba Edgar Irigorri Zamorano, el que me explicó que era Popayán. Me trajo esporádicamente a caminar por las calles, como la de La Pamba, donde creció, y por el Parque Caldas, y me dejó muchos libros. Y cuando se fue del todo seguí la charla con mi tío Memo Irigorri, otro conversador de miedo, y empecé a venir con más frecuencia.

Entonces confirmé las cosas por las que me gusta Popayán. Me gusta, por ejemplo porque en el Real Seminario de Popayán, que fue la semilla de esta universidad, estudiaron los hombres por quienes este país es un país independiente. Me gusta que esta es una ciudad austera: no existe ningún palacete, ninguna mansión: el centro de la ciudad, en el que estamos, parece simplemente el de un pueblo mediano de Jaén o Granada. Me gusta asimismo que, como dijo alguien, Popayán recuerda a los poetas, no a los financistas, y que aquí es más importante arreglar el alero del techo de una casa vieja que construir un edificio de diez pisos. Me gusta que a los popayanejos los caracteriza, como dijo Juan Lozano y Lozano, “una timidez despectiva” (son

echaos p'atrás al principio). Me gusta porque no hay mejores anécdotas que las de los personajes populares de estas tierras (contarlas tardaríamos horas). Y me gusta y comparto lo que dijo hace unos tres años el mejor cocinero del mundo, Ferrán Adriá, cuando le dieron a probar los diez platos típicos de Colombia: que el mejor (y eso seguro por la influencia indígena) son las empanadas de pipián (admito que soy más de los tamales).

Pero si soy un enamorado de Popayán (y eso que soy consciente de sus múltiples problemas), lo soy también del periodismo, esa actividad (porque no es una profesión) apasionante. Yo empecé en 1987 cuando una noche, en un bar que tenía con dos amigos en Bogotá, le dije a Juan Gabriel Uribe, después ministro y no sé cuántas cosas más, que estaba aburrido como abogado de la División Jurídica de Bavaria y que, si seguía así, pensaba tirarme del quinto piso del edificio de la compañía. El me respondió que no era para tanto, me prometió contratarme como redactor de fútbol por la mitad del sueldo y me puso una cita con el director del periódico, Álvaro Gómez Hurtado. “La entrevista”, me dijo Gómez poco después, consta de una sola pregunta: dígame cuáles son los límites de Suiza”. Yo contesté bien y escuché el primer consejo para meterse en ese mundo: “Mire, Iragorri: periodismo es resumir. Y para un buen periodista nada deber ser indiferente”.

De El Siglo pasé a El Tiempo, a donde me llevó Enrique Santos Castillo, que era el editor general y a quien los Santos jamás lograron reemplazar. Y volví a El Siglo, y fui jefe de redacción de Cromos, y me vinculé a El País de Cali en Bogotá, y fui jefe de redacción de Semana, cuyo dueño Felipe López, es uno de los mayores talentos del periodismo. Y hoy hago radio y televisión en RCN y en NTN24, donde tienen el más grande respeto por mi independencia. Y ese oficio me ha llevado a vivir no solo a Madrid, donde la mayor parte del año el cielo es de un azul incomparable, sino a Washington, que es la capital política del mundo y la donde senadores y representantes traicionan tanto a sus vecinos de escaño que Harry Truman, quien fuera presidente de Estados Unidos, llegó a decir un día con toda razón: “Si quiere tener un amigo en Washington, compre un perro”.

Y es allá, en la capital norteamericana, aparte de otros muchos lugares, donde hoy día el periodismo está en peligro. El presidente estadounidense afirma que la gran prensa (The New York Times y The Washington Post, por ejemplo) miente a diario. Y no es verdad. Y lo peor es otro fenómeno muy frecuente en la actualidad: que la gente solo lee, ve u oye los medios que piensan como esa gente. Y otro fenómeno más: el de la espantosa post-verdad, que consiste en que se sacan conclusiones con base en hechos falsos. Pero, acuérdense de mí, la prensa sobrevivirá porque la verdad se va a imponer. El periodismo, que fue definido alguna vez por Donald Graham, editor del Post, como “el primer borrador de la historia”, es quien realmente fiscaliza al poder. Esa es su función. Y la es allá y la deber ser aquí, a pesar de que los poderosos siempre quieren meterle el diente. Quizá tenía razón Thomas Jefferson cuando dijo: “Si tuviera que escoger entre un país sin prensa y con gobierno y con prensa y sin gobierno, escogería los segundo”.

No me quiero extender más. Solo me resta reiterar el agradecimiento de mi corazón a esta universidad por haberme otorgado una distinción que no merezco, y a todos ustedes por haber escuchado por algunos minutos una que otra historia de un oficio tan necesario y tan seductor. No olviden jamás lo que dijo alguien con buen sentido del humor en España: “El periodismo es duro, pero es peor tener que trabajar”.